

Gracias...

Hay situaciones en la vida que nos dejan sin palabras. Algo cambia de repente, de manera drástica y firme, empujando a la familia a vivir una realidad oscura de la que deseábamos escapar. De repente nada tiene sentido y la vida se paraliza.

Una vez ya sumergidos en la oscuridad, fueron muchas las personas y circunstancias que nos ofrecieron poder ir divisando de vez en cuando la luz, esa luz que nos daba empujones diarios, que no permitía que nos derrumbáramos y, si lo hacíamos, nos ayudaba a volver a subir y nunca dejar de luchar.

Queremos dar las gracias a todas esas personas, desde la primera a la última: nuestro más sincero agradecimiento por haber estado a su lado, a nuestro lado. En todo momento os hemos tenido y sentido cerca de nosotros, reconfortando nuestros corazones. Ese sentimiento nos lleva a decirnos: ¡¡Gracias!! ¡¡Miles de gracias!!

Todos habéis sido muy importantes. Cada uno, con vuestra presencia y con vuestro cálido acompañar, nos habéis dado lo que necesitábamos en cada momento. Vuestro cariño ha quedado impreso en nosotros para siempre. ¡¡Gracias!!

Y también agradecerte a ti, Juan Manuel, por la insistencia que tuviste en escribir este libro sin prisas, con educación, respeto y sin ánimo de lucro, simplemente porque sentías que tenías que hacerlo. Eso dice mucho de ti. Te queremos.

No conocemos a las personas por accidente, todas están destinadas a cruzarse en nuestro camino por alguna razón.

Familia Roqué Farrero

Como padres de Miquel (Miki), es muy duro perder a un hijo, mucho, muchísimo, pero lo sentimos con nosotros, siempre, de la misma manera que sentimos que tenemos al lado a una hija preciosa, con su querido marido y con nuestros reyes de la casa, nuestros nietos, Gerard y Biel, valientes y comprensivos. Vosotros os merecéis un GRACIAS con grandes letras. A vosotros queremos daros lo más grande que tenemos, el amor más profundo. Vosotros sois vida, sois tanto que no podemos parar de sentir que os queremos. Perdonad, por favor, nuestros momentos de no saber, de gran desorden por la situación.

¡Os queremos muchísimo!

MIQUEL ROQUÉ y OLGA FARRERO

Prólogo

Por Patricia Ramírez Loeffler*

Mi amigo Miki.

Llego con la hora justa al aeropuerto, un domingo por la noche. Salgo de Granada. El lunes por la mañana tengo mi directo en «Para Todos la 2», en Barcelona. Es un programa de la 2 de TVE con el que colaboro todos los lunes. Y hago el mismo ritual de siempre: paso el control de seguridad, voy a la cafetería, me compro un café con leche, saco el móvil y llamo a Miki. Miki no siempre coge el móvil: unas veces está cansado, otras dormido, otras no le apetece hablar y otras sí contesta. Conmigo habla, casi siempre. Así que espero su respuesta al otro lado del teléfono. Olga descuelga y la saludo. Miki no está dormido, Miki no está triste, tampoco está cansado, Miki no está, sencillamente no está y no va a volver a estar. Por lo menos como hasta ahora lo habíamos visto.

Olga me dice que acaba de fallecer. En ese momento se me encoge el corazón y el estómago. La sensación es indescriptible, como si tu corazón fuera una esponja y alguien la apretara para escurrir las gotas que quedan cuando terminas de mojarla. Y se queda así, apre-

* Patricia es licenciada en Psicología, máster en Psicología Clínica y de la Salud y doctorado en el Departamento de personalidad, evaluación y tratamiento psicológico de la Universidad de Granada. Además, por otra parte, es autora de tres libros: *Entrenate para la vida*, *Autoayúdate* y *¿Por qué ellos sueñan con ser futbolistas y ellas princesas?* Formó parte del cuerpo técnico del equipo profesional del Betis conducido por Pepe Mel. Allí conoció a Miki.

tado, y sientes que te falta el aire y te cuesta respirar. Y en ese momento el cerebro piensa más rápido que nunca: «pero si se hubiera muerto, su madre no me cogería el teléfono»; «pero cómo no me lo va a coger si sabe que como muchos lunes me voy a pasar por la Dexeus»; «pero si hubiera muerto... por qué sobreviven los móviles a las personas que se mueren»; «pero si tengo mensajes de whatsapp de Miki de esta semana, no puede haberse muerto, no es comprensible»; «cómo va a morirse si no nos hemos despedido...» Mil estupideces sin sentido, que sólo tratan de no querer toparse con la mierda de realidad. Y esa realidad es que Miki se ha muerto.

Cuando visitaba a Miki en el hospital, cuando me marchaba, siempre bajaba con su madre y ella me contaba la realidad, la evolución, los cambios, la esperanza, la dureza de lo que estaban sopor-tando. Nunca hablábamos de que Miki iba a morir hasta el día en que sí empezamos a hablar de ello. Los más cercanos sabíamos que el desenlace era ése y que no había otra. Las dos últimas veces que bajé con Olga a coger un taxi después de estar con Miki en la habitación de la clínica, las dos hablamos y lloramos y volvimos a llorar. Bueno, yo lloré muy poco porque me da vergüenza sentir tanta pena delante de alguien como una madre que tiene derecho a tener mil veces más pena que yo. Me siento egoísta de llorar porque creo que es el privilegio de su madre, y que si ella, toda su familia y Miki han mantenido la compostura como lo han hecho, ¿quién soy yo para llorar? Así que sólo lloré a solas.

Me hacía la fuerte delante de los capitanes, los llamaba después de cada visita a Miki. Le contaba a Iriney, Goitia y Casto cómo evolucionaba Miki. Y hablaba con ellos con toda mi madurez y templanza, algo que me caracteriza. Pero joder, la procesión va por dentro. Hablaba también con Monti y Pepe Mel, y me desahogaba con Rosa, la mujer de Pepe, porque lo que yo veía en la Dexeus no llegaba a Sevilla.

Llegué a la concentración del Betis de Pepe Mel en el año de Segunda, a La Manga. Ese día me presentaron a todos los jugadores y cuerpo técnico. Jugadores que salían del equipo como Sergio García camino del Espanyol, y jugadores que aún faltaban por llegar.

Como es habitual en la pretemporada, di mi charla inicial en la que explicaba en qué consistía la psicología deportiva, qué variables íbamos a trabajar a lo largo de la temporada, en qué podría ayudarles, etcétera. Es la primera toma de contacto.

Estuve en la concentración el mismo tiempo que el equipo. En los momentos en los que ellos se entrenaban, yo entrenaba también al margen con David Gómez. David Gómez era ese año el segundo preparador físico y hacía el trabajo específico con los jugadores lesionados. Así que David se encargaba esa pretemporada de entrenar a Miki y a mí. Nunca hubiera imaginado que esa complicidad que se empezó a fraguar en ese momento nos llevaría a vivir juntos tantas emociones.

De entrada te das cuenta que Miki es distinto. Su educación, saber estar, dulzura, su atención, su empatía le convertían en un chico joven y muy interesante, alguien con quien apetecía hablar y con quien disfrutabas de estar a su lado.

Empezamos a sentarnos juntos en los desplazamientos en el bus. Miki venía del Betis B y estaba preocupado porque con la lesión no tenía la oportunidad de demostrarle al místico que podía ser un central eficaz en el equipo. Hablamos mucho, de su experiencia en Liverpool, de su forma de ver la vida, de su pareja. Era un chico con el que era fácil comunicarse y con interés en hacerlo. Le gustaba hablar de temas profundos, del pasado, del futuro, de emociones, de cómo se sentía. No siempre es fácil encontrar hombres con los que hablar en este plano, y menos en un equipo de fútbol. No por nada, sino porque en los desplazamientos se habla del partido, de los resultados de otros encuentros, de lo que se ha hecho el fin de semana, y no siempre se llega a conectar, tener complicidad y compartir confidencias. Miki era una persona con la que podías hablar de todo.

Además, generaba ternura. Un hombre delicado, sensible, atento, educado, pendiente de ti y generoso. Siempre estaba de buen humor, no con un estilo gracioso, pero era de las personas que facilitaban la comunicación y el trato, una persona fácil de llevar. No le veías un mal gesto, una mala contestación, ni reproches ni malos rollos. Un cielo. Siempre he dicho que «no hay como morir para

que hablen bien de ti», pero de Miki se hablaba bien siempre, en vida, en su presencia y en su ausencia.

Cuando nos enteramos de la triste noticia, tuve la sensación, tanto cuando hablé con él como durante todo el proceso, de que habría algo de incierto. Los médicos lo vieron claro desde el inicio: tiene difícil solución. Pero jamás me lo creí. Yo tenía la sensación de que estábamos dramatizando, incluso cuando su madre, en una de esas despedidas en la clínica, me dijo que no tenía solución. Incluso ahí pensé «qué dramáticas somos a veces las madres, no se va a morir». Por filosofía de vida, por las experiencias duras que he vivido, tiendo a quitar hierro a todo, a no verlo tan dramático como podría ser. No querer ver la realidad es una forma de protegerme. ¿Pero quién protegía a Miki?

La primera charla después de la noticia de Miki fue a mi estilo, de responsabilidad. Siempre predico que somos responsables de lo que sentimos y no me permito bajar la guardia en esos momentos. Les pedía a los jugadores que no nos excusáramos en la noticia de Miki para sentirnos mal y no dar todo en el partido, y que si el protagonista de la noticia la había asimilado con la entereza y madurez como lo había hecho, nosotros teníamos que estar a la altura de las circunstancias, y ser tan fuertes y maduros como él. Recuerdo que también les di pautas para hablar y tratar a Miki durante su enfermedad.

A partir de aquí, Miki se convirtió en un eje transversal en las charlas. Lo teníamos presente como uno más. Cuando recordábamos los objetivos individuales de cada uno, él también aparecía en la presentación del PowerPoint con el suyo. Era nuestro motor para luchar, un modelo a seguir, alguien que nos guiaba y nos enseñaba valores.

En la pretemporada en Cardiff, cuando preparábamos los objetivos individuales y grupales para nuestro año en Primera después del ascenso, llamé a Miki, le pedí su objetivo y lo escribí con su foto en la presentación. Sabía que ya no volvería a jugar, pero él formaba parte del ascenso, del grupo y de nuestro espíritu.

Durante mis visitas al hospital, Miki me habló de varios temas, además de todo lo que llevaba sufrido. Tenía días de desesperanza,

en los que se preguntaba «¿por qué a mí?» Pero lo cierto es que fue un pedazo de persona de los pies a la cabeza y aguantó con brillante resignación el dolor, lo que le deparaba el futuro, y no se quejaba nada para lo que pudo haberse quejado. Durante meses vivía de la esperanza de volver a jugar, de volver a sentirse jugador del Betis. Debutó con el primer equipo, marcó goles y fue un central fantástico el poquito tiempo que pudo jugar. Y en esos días era completamente feliz. Recuerdo una foto de Miki celebrando con sus compañeros un gol que había marcado, en la que muestra una cara de felicidad absoluta.

Poco a poco, y a medida que se complicaba su enfermedad, fue perdiendo la esperanza de jugar, pero nunca lo vi encerrado en sí mismo y resentido con la vida. Al revés. Siempre encontraba otra motivación para seguir luchando. Una de sus ideas fue la de escribir un libro. Un día me dijo: «*Patri, tenemos que escribir un libro. Un libro de valores, un libro dedicado a todos los chavales que se dedican a jugar al fútbol. Y nos iremos por las canteras a darles charlas, porque yo he aprendido mucho aquí en el hospital y creo que tengo mucho que contar a los niños*». La primera vez que se lo oí me llené de ilusión, empecé a darle vueltas al libro y me imaginaba en el futuro yendo con Miki a dar charlas. Pero hubo un momento en el que empecé a fingir. Sabía que nunca podríamos escribir ese libro juntos, que nunca podría ir a dar las charlas, que no saldría del hospital. Y le decía que sí, que lo escribiríamos, que era una idea genial y me sentía una falsa transmitiendo ilusión a alguien que no tendría nunca la oportunidad de realizar su sueño. Otro sueño más que se truncaba.

Cierro estas palabras diciendo que mi corrector de Word no reconoce la palabra Miki, escrita decenas de veces en este prólogo. Me la subraya en rojo. Podría haber incorporado la palabra al diccionario de Word y dejar de verla en rojo, pero me encanta ver cómo la palabra Miki resalta en el texto, en cada párrafo.

Me ha costado un mundo terminar esta historia, no por lo extensa, pero sí por lo emotiva. Si yo apenas he podido hacerlo, no imagino lo que habrá supuesto para su familia. Adoro a la familia de Miki, adoro a Olga, con la que sigo hablando y manteniendo contacto.

Adoro su fortaleza, su saber estar en cada momento de la enfermedad y de la muerte de Miki. No hubo un solo día en el que Olga no se arreglara y se pusiera guapa, porque además es una mujer bellísima, para estar con su hijo. Yo admiraba verla maquillada, elegante, bien vestida, conviviendo a la vez con tanto dolor. Y ella me decía que eso formaba parte del respeto a Miki, de darle un ambiente en el que apeteciera estar y relacionarse.

Nunca voy a borrar el teléfono de Miki de mi móvil, ni los mensajes de whatsapp. Me acercan a él. Porque nadie tiene el teléfono del que no está. Por eso yo tengo el teléfono de alguien que sigue muy vivo. Jamás me quitaré la pulsera verde que sirvió para recaudar fondos. Llevo de forma perenne una pulsera verde en mi mano izquierda que pone MIKI ROQUE 26. Y además me quedé con 5 más para que, cada vez que una se deshilache o rompa, la pueda sustituir.

Cuando levanto la cabeza del ordenador en el que ahora estoy escribiendo, enfrente tengo una foto que dice: «PARA PATRICIA, CON MUCHO CARÍÑO, NO CAMBIES NUNCA. UN ABRAZO Y GRACIAS POR TODO. MIKI». Esta foto y frase dedicada la entendí el día que murió. La semana anterior a su muerte, le había visitado en la Dexeus, el lunes por la tarde. Estaba muy dolorido, hinchado y hablábamos sobre los partidos de fútbol que iba a ver en la Eurocopa. Esa tarde también me acompañaba Andrés, mi marido. Había venido conmigo a Barcelona aprovechando que la liga de fútbol había terminado y tenía vacaciones. Miki esa tarde me dedicó tres fotos: una para mi hijo Pablo, otra para mi hija Carmen y otra para mí. Me pareció extrañísimo porque sabía que mi hijo no se interesaba por el fútbol, pero Miki insistió. Y a su muerte lo comprendí todo: se estaba despidiendo de nosotros y nos estaba dejando algo escrito, algo que no perece, no unas palabras de agradecimiento, sino su foto, su foto de futbolista del Betis y las palabras de gracias escritas con permanente.

Me fui esa tarde de la clínica sin siquiera pensar que no le volvería a ver. Sabía que no quedaba mucho, pero no tan poco. De haber sabido que no volvería a verlo creo que le hubiera asfixiado del abrazo. Igual no me hubiera sabido despedir. De Miki no te puedes despedir.

Me quedé con una gran pena. Mi libro *Entrénate para la vida* estaba en el horno. Le dije a Miki que él estaba en mi dedicatoria y que se la mandaría en Word para que la viera. Y me dijo: «*No, Patri, me espero a septiembre, me hará mucha ilusión verla en el libro*». Pero no llegó a septiembre y no pudo ver escrito lo mucho que había significado en mi vida.

1

Sólo como un guerrero puede uno soportar el camino del conocimiento. Un guerrero no puede quejarse ni lamentar nada. Su vida es un desafío interminable, y no hay modo de que los desafíos sean buenos o malos. Los desafíos son simplemente desafíos.

CARLOS CASTANEDA

1

—Mira Miki... Tienes un cáncer en la pala ilíaca. Es un tumor que hay que extirparlo, que parece ser maligno. Pero con una cirugía y tal, vamos a intentar resecarlo por completo. Y a partir de ese momento empezaremos a ver qué evolución tiene...

Aurelio Santos, jefe de la unidad de tumores óseos del hospital Virgen del Rocío, de Sevilla, fue el encargado de informar el diagnóstico. Miki Roqué se quedó quieto. La sorpresa invasora paralizó su primera reacción. ¿Cómo él, a su edad, podía tener un cáncer? ¿Qué era esta enfermedad? ¿Qué significaba? ¿Por qué, justo en ese instante, se tenía que caer el castillo que estaba armando? Hubo un silencio frío en esa sala, uno de esos eternos silencios que duran segundos. A su lado estaba el médico del Betis, Tomás Calero, con la misma postura, con la comisura de sus labios cerrada, sin repertorio de palabras, intentando mantener escondido ese dolor interior

con el que convivía desde hacía dos días, cuando conoció el resultado de los estudios.

Miki, acto seguido, empezó a murmurar como queriendo encontrar respuestas a preguntas sin elaboración o como esperando que alguien le confirme que todo esto era una gran mentira. Él, que siempre intentaba dominar lo que giraba en su esfera, no lograba comprender esas palabras que retumbaban como un fuerte estallido en ese ambiente que se encogía cada vez más.

El tiempo, en esa oficina de hospital, pasó a ser inmediatamente una ilusión. Algo inventado en una imaginación colectiva. Un escepticismo. La aguja del reloj, lenta en su movimiento, mentía en ese mundo real: todo allí parecía medirse en horas. El minuto, en ese reducto, no era igual al minuto en un recreo de la escuela. Las edades engañaban también: los 22 años de Miki parecían ser idénticos a los 50 de Calero. Mudos se habían quedado los dos. Abrir la boca con esas pulsaciones que amenazaban con romper pechos era un reto subliminal, aunque el propio futbolista tendría la iniciativa para acabar con ese mutismo ensordecedor, exteriorizando las primeras dudas que explotaron en su mente:

—*¿Pero esto se puede curar o no se puede curar? ¿Puedo volver a jugar al fútbol?*

—Hombre, no lo sabemos exactamente. Confiamos en que sí. Lo que pasa es que esto hay que empezar a quitarlo —le respondió el doctor Santos, siendo cauto, suavizando conceptos, tratando de no pronunciar una coma de más, de no agregar otro episodio a la pesadilla incipiente.

—*Bueno... Y si me lo quitáis, yo quiero que me lo quitéis ya. Y si es así, ¿cuándo puedo volver a jugar al fútbol?*

—Vamos a esperar. Hay que esperar todavía. Va a depender también un poco de la cirugía...

En esa perpetua brevedad, el viaje se convirtió sin escalas en una engorrosa confusión. En esa tarde del viernes 4 de marzo de 2011, su camino se llenó de extraños escombros. Le impusieron, sin permiso, un cuento que él no quería protagonizar.

En un intento por aportar una brizna de tranquilidad, Aurelio

Santos tomó un esqueleto, comenzó a mostrar la zona del problema y lo que se debería realizar para quitar ese tumor. Su sencillo monólogo tuvo que ser interrumpido: Miki no aguantó la escena y se echó en los brazos de Calero. El jefe de los servicios médicos del Betis tampoco pudo almacenar sus lágrimas: sentía que esta situación enrarecida no estaba en los manuales que él estudió. Quería mostrarse fuerte ante el jugador, darle ánimos, pero sus pupilas conspiraron contra sus facultades. Lloraron los dos, abrazados, cumpliendo una acción sin protocolo. Lloraron juntos, durante casi un minuto, hasta que uno de ellos levantó la cabeza y dijo basta: Miki cogió del brazo a Calero, lo cogió fuerte, se separó de él y lo estimuló efusivamente con un tono de voz desafiante:

—*Vamos, vamos para delante. Me quiero enterar, porque esto hay que solucionarlo.*



Tomás Calero: fue un momento difícilísimo. Todo el día. Miki llegó al hospital como llega cualquier chaval de 22 años, como que se come el mundo, como diciendo «hay que solucionar esta tontería y venga que yo ya quiero volver a entrenar». Cuando entramos al despacho del doctor Santos, no se esperaba encontrar con esa noticia. Después, cuando nos pusimos a llorar, fue Miki el que me hizo tirar para delante. Ese optimismo... Eso fue una muestra de hombría excepcional. El doctor continuó entonces su explicación, y le dijo más o menos lo que había. Aurelio Santos, en ese momento, informó que le brindaba los servicios del hospital para lo que quisiera. Muy amable. Y en otra conversación, días después, me confesó: «Qué valiente es este chaval».

2

Calero sabía el diagnóstico desde la mañana del miércoles 2 de marzo. Se enteró estando en Ponferrada, antes de que el equipo condu-

cido por Pepe Mel visite al Ponferradina, por la jornada 27 del torneo de Segunda división. «Tomás, me acaban de pasar los resultados de la anatomía patológica de Miki: tiene un osteosarcoma», le había comunicado, con esas palabras, el propio Santos.

El galeno verdiblanco intentó digerir la noticia en esa soledad que abraza miedos. No pudo. La soledad sirve también para entender lo que es el amor. Se dio cuenta que el afecto hacia Miki construía una barrera para desempeñarse con normalidad. Con más de 20 años ejerciendo la medicina en el Real Betis Balompié, al doctor nunca le había ocurrido un caso similar. Asumía, por supuesto, que él era el encargado de transmitirle la información al jugador, pero no se sentía capaz de hacerlo solo. ¿Cómo se enfrenta a un chico, tan joven, con el que se convive diariamente, y se le dice que tiene un tumor maligno? ¿Dónde se compra ese valor para no exhibir debilidad delante de la víctima? Calero era dueño de sus capacidades médicas, pero los sentimientos no se gobiernan. Tuvo que buscar ayuda, un respaldo que le permita hacer un pacto de convivencia entre sus heridas emocionales y su tarea profesional.

—Aurelio, échame una mano que no estoy acostumbrado a dar estas noticias, no sé qué perspectivas quirúrgicas habrá, qué protocolo de actuación hay, qué tipo de espera...

—Tú no te preocupes, Tomás. Yo te ayudo, yo me encargo de darle la noticia y lo oriento un poco sobre las perspectivas que hay.

Tras regresar a Sevilla, luego del empate (1 a 1) contra Ponferradina, Calero contactó con Miki para avisarle que el viernes 4 de marzo, por la tarde, debían ir a hablar con un colega que tenía las pruebas del último análisis. Trató de engañarlo un poco, de esquivar, principalmente, cualquier tipo de interpelación que cree sospecha: se sacó el traje de médico para colocarse el de actor. También, el día anterior a visitar el hospital, localizó a José Antonio Bosch, el administrador judicial de la institución, para ponerlo al tanto de la situación y preguntarle en qué circunstancias estaba el club: Betis vivía una crisis económica, legal y futbolística.

3

Nacho (defensor del Betis): una vez, hablando con Miki, él me decía que le dolía la espalda. Se trataba muchas veces tanto antes como después de entrenar porque pensaba que era un problema lumbar o de la columna o de alguna vértebra... Nadie pensó que sería algo tan importante. Nos comentaba que tenía dolores de espalda, que siempre le molestaba un poco, pero hay mucha gente con las mismas molestias. Él era un tío largo, y la gente de esa envergadura, gente que hace deporte de alto nivel, suele sufrir ese tipo de inconveniente. No todo el mundo, por supuesto, aunque la espalda es una de las lesiones más frecuentes que pueden tener jugadores de las condiciones de Miki. Por eso, al principio, nadie le dio demasiada importancia. Se trataba, se entrenaba y ya está.

Joel Lara (representante de Miki): a mí también me decía que llevaba semanas entrenando, y que no se le iba ese dolor. Yo le decía «eso es por tu postura, eres jugador alto y te metes mucho para abajo; ponte recto para que no te duela la espalda». Le habían dado ejercicios especiales para que se le fuera el dolor.

Ya hacía más de un mes que Miki Roqué presentaba dolencias en la espalda. De todas maneras, él, al principio, le restaba trascendencia a la cuestión: minimizaba el sufrimiento o se lo guardaba para disipar intranquilidades. Amaba jugar. Confesaba amor por la profesión. Amor puro, sin mezclas. Por eso, a pesar de la incomodidad en el campo, quería seguir participando de los partidos. Desde la panza de los sentimientos nacen los distintos tipos de valentía: su caso no era la excepción.

El 12 de enero, padeciendo esas inquietantes molestias, estuvo en el Camp Nou, enfrentando a Barcelona, por la Copa del Rey. Esa noche, el equipo de Pep Guardiola ganó 5 a 0, a pesar del elogiado desempeño del conjunto bético.

—*Hostia, no doy más porque nos han hecho correr lo que no estaba escrito. Estos tíos no paran de correr* —le comentaría Miki a Ramón

Canal, el jefe de los servicios médicos de Barcelona, pocos minutos después de haber finalizado el encuentro.



Ramón Canal: ahí no se conocía la enfermedad, pero él ya estaba enfermo. Ese partido lo jugó con dolor en la espalda, pero nadie sabía qué era. Había un dolor, pero no acababan de discriminar exactamente lo que era. Un dolor tolerable para poder jugar. Lo podía incapacitar un poco, pero podía jugar. Recuerdo bien esa imagen, cuando lo vi. Se me viene a la memoria eso: él jugó, hizo un partido inmenso y estaba enfermo. Me queda esa imagen de verlo rojo y sudado, con la camiseta del Betis.

Tres días después, en el estadio Benito Villamarín, fue también titular, y hasta anotó el tercer gol de la victoria contra Alcorcón por 3 a 0. El designio de su presente insistía con la ambigüedad del mensaje: convivía —sin saber— con el cáncer, pero la realidad impulsaba otro aroma.

Su último encuentro oficial sería el 12 de febrero, de local: el equipo no tendría una buena jornada y perdería ante Elche 4 a 1. Ese día, rematado por una decepción, intuyó que podía tener algo más grave, que ya no era un «común» dolor de espalda. Su rostro medroso, con gestos de agobio, habló...



Miguel Angel Parejo (fotógrafo del club): en ese partido comete un error. Pierde un balón y el equipo contrario termina metiendo el primer gol del partido. Cuando ves las fotos de la jugada, tú dices «algo le ha pasado». No es normal. Él se ve derrotado. Él ha perdido un balón, ha intentado recuperarlo, da el máximo posible en la carrera y no puede con el atacante. No sólo está así por el fallo. Está así porque no puede dar todo lo que quiere para recuperar ese balón. Él se da cuenta de que algo ha fallado. Impotencia por el dolor. Eso se

nota en las fotografías. Después entró al vestuario llorando, pidiéndole disculpas a algunos compañeros.

Su cuerpo comenzaba a notar bruscos cambios. Los malestares aumentaban sin transiciones de paz. Ya no conseguía dominarlos. Perdía la potestad para seguir haciendo lo que pretendía y abría la puerta para que ingresen las conjeturas. *«Debo tener lumbalgia, pero me parece que es más una hernia discal. Si es una hernia discal, me tendría que operar. Soy capaz de ir a cualquier lugar. Voy a donde fue el Pipita Higuain»*, le había expresado Miki a Manuel Conde, su amigo y su vecino en Sevilla. Durante esas semanas, un llamado telefónico sacaría a relucir otra alarma.

—Conde, ¿tú puedes venir a mi casa?

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?

—*Es que quiero comprar una bombona, y ¿tú crees que no puedo con ella? No tengo fuerza.*

—Venga... Allá voy.

Disimular el dolor dejaba de ser una opción.

4

Miki Roqué era muy meticuloso y pertinaz con su trabajo. El doctor Calero, ya conociéndolo, sumado el correr de los días, empezó a sospechar que lo suyo no se trataba de una simple molestia. Creía que podía tener una sacroileítis, una importante sobrecarga o algo en los glúteos. Una tarde lo citó para despejar dudas.

—Mira Miki, ya con esto se te va a quitar el dolor —le explicó para tranquilizarlo. «Esto» era una infiltración anestésica pura. El defensor se fue bien a su casa, pero regresó al día siguiente con la misma preocupación.

—Bueno, Miki. ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—*Me sintió muy bien el pinchazo, pero del todo no se me quitó el dolor.*

El jefe de los servicios médicos del Betis quedó asombrado ante

la respuesta. Comentó el caso con el doctor Pérez Hidalgo, compañero del hospital Fremap, y decidieron hacerle una radiografía que no arrojó pista alguna. Entonces, para comprobar si verdaderamente había un foco inflamatorio crónico, le practicaron una gammagrafía, un estudio de medicina nuclear, que terminó revelando que existía un foco de captación, pero que tampoco presentaba un diagnóstico alarmante. Se veía que la articulación sufría «algo» que se debía seguir investigando. Para terminar la batería de exploraciones llegó el turno de la resonancia que arrojaría la peor consecuencia sobre la mesa.

—Oye, Tomás. Aquí hay algo raro...



Tomás Calero: me acerco a ver y el doctor me muestra una imagen muy extraña para la gente de medicina del deporte como yo, que no estamos vinculados a temas tumorales, pero ahí ya nos dimos cuenta que era un tumor. No sabíamos si era benigno, maligno o en qué circunstancias estaba. Las imágenes hacían prever que era maligno, pero los médicos son prudentes. Siempre dicen «hubo muchas imágenes que yo ponía las manos en el fuego de que era un tumor maligno y después era benigno. Y he puesto las manos en el fuego por un benigno y ha salido maligno». En ese momento, cogí las pruebas y me fui al Asepeyo, donde se encontraba el especialista más importante que había en Sevilla. Allí me dijeron «te tienes que ir al Virgen del Rocío, y te vas a poner en manos de Aurelio Santos». Fui a hablar con Aurelio: él vio las pruebas y, automáticamente, dijo que había que hacer una biopsia.